CAPÍTULO II

Crítica de las definiciones que se dan de la Antropología.—Quatrefages y Topinard.—Contradicciones.—La evolución.—Espíritu que informa los nuevos métodos de Historia Natural.—Perversa intención de algunos autores.—Línea divisoria entre el hombre y el animal.

Porque ni la definición de Broca, ni la de Bertillon, ni la de Quatrefages, que parece la más perfecta, están adornadas de los caracteres que toda crítica tiene derecho á exigir. Examinemos la de Quatrefages. «La Antropología—dice—es la historia natural del hombre, monográficamente considerado, como lo haría un zoólogo al estudiar un animal.» Compréndese, según esta definición, que en el estudio del hombre debe emplearse igual procedimiento que en el de un coleóptero, un ave ó un reptil; y por consiguiente, que la ciencia antropológica no tiene más valor relativo que la Entomología, la Ornitología ó la Herpetología, en la maravillosa escala de las ciencias experimentales. Y si es mayor el valor absoluto de aquélla que el de éstas porque el objeto de éstas es menos noble que el de aquélla, no se debe precisamente á otra cosa que al mayor desarrollo del organismo humano, es decir, á su más perfecta y complicada naturaleza animal, prescindiendo de su carácter racional.

Claro es que si las ciencias se distinguen por su *objeto*, ó por el modo de considerar los asuntos de que tratan, sería inmenso el de la Antropología si no se restringiese y concretase. El Derecho, la Historia, la Medicina, la Psicología, la Política, la Moral y la Religión, y todas las ciencias biológicas arriba citadas, estudian el hombre, y todas debieran encerrarse en el círculo de la Antropología, si en estos vastísimos territorios intelectuales no se usasen las fronteras y piedras miliarias que utiliza el agrónomo en el deslinde de los campos y sus productos, el geógrafo en la distribución de los países, el meteorologista en la de los climas, el zoólogo en las faunas, el botánico en las floras, y el geólogo y paleontólogo en la división de los terrenos. Pero en unas y otras ciencias se necesita un tribunal ó consejo superior é ilustrado que sentencie sobre la bondad ó malicia de las líneas divisorias, que señale con el dedo y castigue á los intrusos en el dominio ajeno, y dé á cada cual lo suyo para evitar contradicciones y altercados.

La definición de Quatrefages, deficiente ya porque no incluye el estudio del grupo humano dividido en razas (y que nadie ha ilustrado como él), ni sus relaciones con lo restante de la Fauna, se ha modificado por Broca y otros antropólogos, y aun por el mismo autor de ella en su obra *L'espece humaine*. Aun así, no es completa. No basta asegurar que «el antropólogo estudia el hombre considerado como *especie*, dejando el *individuo material*» á la Anatomía, Fisiología y Medicina,

y el *individuo intelectual* y *moral* á la Filosofía y Teología. Es ante todo indispensable señalar de un modo correcto y preciso los límites de esos contornos. ¿Qué hay que estudiar en el hombre? ¿Sus órganos y aparatos? ¿Sus actos y funciones? Con esto, ¿será acabado ese estudio? ¿No hay actos y funciones de órdenes distintos?

A estas preguntas deben responder categóricamente los cultivadores de la Antropología, para hacernos ver si esta ciencia es una rama del estudio de los animales, ó una ciencia filosófica como la entendieron los escolásticos y Kant, ó un medio entre la Zoología y la Historia (1). El hombre es una naturaleza complejísima, en cuyo conocimiento han ejercitado su fuerza intelectual los varones más ilustres. Existe en él algo de extraordinario é intangible que no puede confundirse con las vísceras; y por otra parte, es un ser organizado y vivo, sujeto á las mismas leyes que las que imperan en los animales y vegetales. Si por este lado último estamos obligados á admitir el axioma fundamental antropológico establecido por Quatrefages para justificar su método;

(1) Kant publicó en 1798 su *Antropología práctica*, que tradujo al francés M. Tissot en 1863. La obra es una teoría del conocimiento del hombre, física, práctica y fisiológicamente considerado. Se entenderán mejor estas doctrinas advirtiendo que Kant divide la obra en dos partes: en la primera trata de lo que pueda hacer la naturaleza en el hombre, y de lo que el *hombre libre* puede y debe hacer de sí propio: en la segunda, titulada *Característica antropológica*, estudia el carácter de las personas, el carácter del sexo, de los pueblos y de todo el género humano.

«la identidad física y fisiológica del hombre con los otros seres vivientes, y en particular con los mamíferos», por el otro lado, característica verdadera, rechazamos ese axioma que sirve de norma y criterio á los antropólogos del día. ¿Por qué razones particularísimas se ha de estudiar en el hombre el animal solamente, y no su naturaleza racional? Y de hacerlo así, ¿cuál es el límite que separa la Antropología general de la Anatomía y Fisiología comparadas? ¿En qué se distinguen éstas de aquélla? No se ve procedimiento análogo en ninguna de las monografías de las especies vegetales y animales hechas por los zoólogos y los fitógrafos. Todos hablan del *método natural* en las clasificaciones, y ahora resulta que los antropólogos modernos optan por el *sistema* al excluir en la descripción y en el estudio del género *Homo* la propiedad más noble y elevada que le coloca fuera de la Zoología, aunque esté dentro de ella por otras propiedades más bajas é innobles.

Pero no son estos sus propósitos, ni cabe holgadamente tal exclusivismo en el método que adoptan. Así es que, por una contradicción manifiesta y deficiencias filosóficas notorias á todas luces, ninguno de ellos omite (y no deben omitirse) los caracteres intelectuales y los sociológicos, ni deja de consagrar su correspondiente capítulo al lenguaje, á la gráfica, á las costumbres é industrias, á la religión y á la moral. ¡Como si estos caracteres pudieran compararse con los fisiológicos y anatómicos! En esta alter-

nativa de dividir el estudio del hombre en dos partes, ó de no dividirle, los antropólogos modernos optan por el procedimiento último, que tiene algo de misterioso para el que no esté al corriente de las nuevas teorías y del espíritu que informa las ciencias naturales.

El misterio se desvanece considerando que ciertos escritores modernos suponen que el hombre «es un animal vertebrado, mamífero, de la clase de los cuadrumanos y del orden de los primates»; y *nada más*. Por eso Carlos Vogt dice que «los caracteres anatómicos son, en el estudio del organismo humano, los primeros y más importantes»; por eso Claus declara que esos mismos caracteres «son la única base científica para clasificar» al *Homo sapiens*. Como se ve, apunta el P. Bonniot, sólo atienden al género de la máquina, nunca á la naturaleza del mecánico: quieren clasificar el organismo, prescindiendo del agente que le mueve: «es menos una preocupación de sabios, que una tentativa de ateos.»

Topinard, predilecto discípulo de Broca, se expresa de esta manera: «el hombre pertenece por completo á la Antropología. Nadie sería capaz, en Zoología, de dividir el estudio de un animal en dos partes, y confiarlas á hombres inteligentes de distinta clase, limitándose unos á los caracteres anatómicos y fisiológicos ordinarios, y otros á los instintos y demás *manifestaciones nerviosas*. No era posible que la Antropología se mutilase y dividiese en dos secciones, una para

los hombres de ciencia, y otra para los filósofos: á éstos y á aquéllos faltaría un origen esencial de luz. La división sería un contrasentido; el *espíritu* y el cuerpo están *indisolublemente ligados con la materia* y sus propiedades. Animal ó humana, la organización obedece á las mismas leyes, está compuesta de lo mismo, y funciona de la misma manera. Interesa tanto al antropologista conocer el modo de vivir, de pensar ó de asociarse que tienen los hombres, como el de respirar ó andar. En la consideración de las razas, la naturaleza de las *emisiones nerviosas* pesa tanto en la balanza como el volumen y la densidad del cerebro. El órgano y la función no pueden separarse.»

En estas palabras del predilecto discípulo de Broca se halla la síntesis del método y del espíritu de la Antropología moderna. De no dividir el estudio de los caracteres en anatómicos y fisiológicos, é intelectuales y morales, se hace violencia á la Naturaleza misma, que los presenta en órdenes diferentes; y la Antropología general no sería ya una ciencia de contornos bien definidos, sino un conjunto de ciencias cuyo número no necesitamos repetir. ¿Qué hombre, según este método, podrá obtener de las generaciones venideras el título de antropólogo? Nadie. Cuando los caracteres son de tal importancia y transcendencia, y á la vez tan alejados unos de otros como los reconocidos en el hombre, no se ve el inconveniente de separar su estudio y confiar al psicólogo lo que es de él, y al antropólogo lo que

es suyo, con tal de que aquél y éste respeten un límite prefijado y conozca cada cual los procedimientos del otro.

El órgano y la función no pueden separarse, pero deben distinguirse, principalmente cuando los actos de la función no están relacionados directamente con el órgano, como el efecto á la causa. ¿Sabría decirnos el Sr. Topinard cuál es el órgano de las funciones intelectuales ó el centro nervioso de la conciencia? Felizmente, la moderna Psico-Física va dando la razón (quizá sin quererlo) á las escuelas espiritualistas, como lo hemos demostrado en otra parte (1). La Psicología filosófica no es una ciencia médica, aunque ésta deba ofrecer á aquélla sus conquistas, ni una Fisiología cerebral, aunque esté obligada á conocer los descubrimientos de los histólogos; porque ni las ideas son *emisiones nerviosas,* ni los hechos de conciencia se explican por *expansiones protoplasmáticas.*

Los que creen, como Topinard, que la Psicología es una ciencia médica ó una Fisiología del cerebro, son consecuentes al establecer el método antropológico arriba descrito. Partidarios de la evolución y materialistas no hipócritas, juzgan sinceramente que se ha roto la valla que separaba el mundo de la materia y de la vida, el vegetal del animal, el mundo de lo sensible del inteligible; y, por tanto, que debe relegarse á la historia de los silfos y los gnomos cuanto los

(1) En el «Estudio de Fisiología celular».

metafísicos dijeron y demostraron. Todo se transforma en este mundo: no hay en las lenguas humanas ni en los diccionarios académicos una palabra más universal ni de uso más frecuente en las ciencias que la palabra evolución. Colocada esta fuerza misteriosa en el centro del universo, es la suprema ley que rige los destinos de todas las criaturas y preside todos los fenómenos de la circulación perpetua de la vida, cantada por Moleschott en insoportables ditirambos. Su imperio es el más vasto de los imperios, y su historia la más sangrienta y hermosa de las historias; y con la idea que envuelve esa palabra se puede escribir la mejor de las epopeyas. Si ésta no se ha escrito, atribúyase, no á la falta de inspiración y de luz, que brotan siempre de esa palabra mágica en abundante raudal, sino á la brevedad de la vida y á la cortedad del entendimiento humano, que no puede abrazar círculo tan grande. Sin embargo, debe decirse, en honra de la justicia, que, si no ha inspirado epopeyas, ha sugerido *poemas pequeños* y continúa hoy inspirando cuentos y fábulas á algunos *dii minores* de la ciencia moderna, pero no á todos con igual acierto y oportunidad, como puede deducirse de la estadística siguiente.

M. Jansen ha hecho ver la evolución en las estrellas, y Ckroques la evolución en la Química. M. Beaunis, Matías Duval y Hovelacque han aplicado respectivamente la teoría de la evolución á la Anatomía, á la Fisiología y á la Lingüística; y Ernesto Hæckel al mundo orgánico y

al inorgánico. Ch. Richet nos ha propinado su *Psicología general;* Spencer y Letourneau las *Bases de la moral evolucionista,* y éste último *La evolución de la familia y del matrimonio;* Clemencia Royer, Ed. Perrier y Romanes (pontífice máximo en esta materia y que ya d. e. p.) nos han dicho «cómo se desarrolla la *mente*». Más aún: no existe libro antropológico que no trate del génesis de las religiones explicado por la evolución, y Van Ende ha escrito la *Historia natural de las creencias* (1).

El lector no debe fatigarse con la lista de tantas evoluciones: los libros de texto (en Zoología, v. g.) que hoy gozan de más fama en el mundo, el Claus, que impera hace algunos años, y el quizá más completo que está dando á luz Ed. Perrier, son libros informados por el espíritu evolucionista que nos hace ver la maravillosísima cadena de los seres vivos animales, desde los protozoarios á los vertebrados, cuyo primer eslabón es la *Protamœba* de Hæckel, y el último el *Homo sapiens* de Linneo.

El procedimiento que hoy los naturalistas adoptan de lo simple á lo compuesto, de lo más

(1) Citamos sólo parte de las obras inspiradas por la teoría evolucionista. Son tantas las botánicas como las zoológicas, sin contar el número considerable de monografías. De esta clase es la de Constant Houlbert, recientemente publicada. Lleva por título: *Rapports naturels et Philogénie des principales familles de coléoptères*, 116 págs. en 8.° Su autor quiere establecer una teoría general de la evolución de los coleópteros que tienen su origen en un grupo ancestral único, llamado «serie troncatipenne».

sencillo á lo más complicado, nos parece racional, bueno y lógico, á pesar de que no juzguemos como malo é inútil el de lo más conocido á lo menos conocido. No nos desagrada en sí este método, hoy imperante; pero los autores que usan de él no suelen ser suficientemente cautos para ocultar las exageraciones de sus ideas sistemáticas, relativas á muchas analogías *supuestas,* á muchas procedencias ilegítimas y á muchos parentescos ridículos y anticientíficos. Creemos que no hay que buscar la esencia de la Historia Natural en la agrupación de hechos y de nombres (¿qué ciencia sería ésta?), sino en hacer ver el plan de organización de los seres vivos y las leyes dentro de las cuales ese plan se desenvuelve con orden y concierto. Mas este procedimiento, único verdadero, no autoriza á nadie para fingir en las *ciencias positivas* y, en virtud de una hipótesis que nunca llegará á ser tesis, relaciones misteriosas que no se adivinan ni se ven, no teniendo delante de los ojos ese prisma mágico de las escuelas materialistas que descompone la luz de la verdad en tantos rayos cuantas son las preocupaciones del observador. Como dice Douilhé de Saint-Projet, hay prismas seguros y buenos, y los hay falsos é inseguros. El prisma vale lo que valen las doctrinas: si éstas son falsas, el error es fatal; y si verdaderas, el error es imposible. Con un prisma seguro, porque la doctrina es verdadera (apunta el venerable escritor), el psicólogo y el metafísico analizan con certeza y precisión las que podíamos llamar

«radiaciones psíquicas» y distinguen la sensación del pensamiento, el instinto de la inteligencia para elevarse á la causa proporcionada á esas facultades, al principio simple y espiritual, que es el alma. Por el contrario, con un prisma inseguro, porque la doctrina es errónea, las escuelas materialistas, que no abundan en metafísicos ni en psicólogos, refieren el pensamiento, el sentimiento, la aptitud, el talento, el genio y la honradez moral á disposiciones particulares del organismo, á *emisiones nerviosas* de la materia viva.

En suma, el propósito de los «filósofos de la naturaleza» (como hoy los naturalistas se llaman) no es única y exclusivamente hacer notar, mediante la evolución, las relaciones que existen entre los seres animales, sino aplicar esa teoría, en sus consecuencias todas, al hombre, cuyos puntos de contacto con los monos antropoídeos nadie puede negar. Y vea el lector el espíritu contradictorio de las nuevas doctrinas. Los entomólogos modernos quieren hoy que se coloquen los himenópteros á la cabeza de los insectos, y apoyan su pretensión en el desarrollo de los instintos, no en la complicación y estructura del organismo, más complicado en otros insectos que en los himenópteros. Por el contrario, al comparar al hombre con lo restante de la Fauna, le colocan á la cabeza de los animales, no precisamente por la elevación característica de la inteligencia, sino por la complexidad de la estructura, es decir, por el mayor desarrollo cerebral y sus consiguientes manifestaciones, «fenómenos

reflejos, intelectuales é instintivos que se encadenan mutuamente, como si unos fueran resultado de los otros, y cuya naturaleza *parece ser la misma* en las manifestaciones mentales más humildes que en las más elevadas» (1), en los protozoarios que en el hombre.

Tenemos á la vista buen número de libros que tratan esta cuestión con verdadero entusiasmo. En ellos se renuevan las añejas teorías del tratado de los animales de Condillac *(Ensayo sobre el origen de las ideas)*, y se repiten con placer las de Jorge Leroy, para quien la reflexión no era más que la *sensación renovada*, y la inteligencia no difería del *instinto perfeccionado* y de la sensibilidad servida por la memoria. El que busque las fuentes inmediatas de las teorías modernas que pretenden salvar el abismo infranqueable que existe entre los animales y el hombre, las hallará en los autores citados, ó más seguramente en las páginas de Carlos Bonet, que atribuía el origen de las operaciones intelectuales á la forma y disposición de las fibras del cerebro. Huxley, Carlos Vogt, Broca, Claus, Perrier, Matías Duval, Beaunis, John Lubbock, Richet, Romanes y Topinard no ven en el hombre otra cosa que un organismo viviente, un animal perfeccionado, pero solamente animal, objeto fisiológico y anatómico. Para unos, «los fenómenos de la inteligencia son el producto de la actividad del cerebro y entran en la categoría de los caracteres

(1) Ed. Perrier: *Traité de Zoologie*, première partie, p. 370.

fisiológicos, de igual modo que cualquiera función orgánica». (Topinard.) Otros, como Romanes, emplean un lenguaje krausista para expresar ideas ininteligibles, confundiéndolo todo, inventando términos nuevos, definiendo á capricho y aborreciendo la lógica, que es el mayor enemigo de las filosofías irracionales. Es necesario desterrar para siempre de las lenguas humanas la palabra inteligencia, tal como lo ha entendido el mundo, fijándose en la etimología, en el significado y en la interpretación que dieron á esa palabra los antiguos filósofos: porque las doctrinas materialistas aseguran que la hay en todo animal «que conoce un alimento, ó que un cuerpo se mueve; en todo animal que evita un obstáculo ó distingue un individuo de su especie y determina su sexo». (Perrier.) Producto de la organización ó de los ridículamente llamados «actos reflejos», el instinto se perfecciona con la repetición de esos actos en el sensorio del animal, «que asocia á los movimientos las sensaciones y los combina conscientemente por hábito, realizando actos *intencionales*, cuya combinación da origen á la conciencia». Al leer estas frases, compendio y resumen de las obras de Romanes, Vogt, Claus, Perrier y Topinard, viene á nuestra memoria la explicación que de las facultades psíquicas da Carlos Letourneau, insignificante pigmeo ante algunos de los naturalistas citados.

En este asunto todos están conformes y á igual altura en Psicología elemental: su fin único es borrar la línea divisoria entre los animales y

el hombre, y el único medio eficacísimo para lograrlo es conceder á aquéllos una inteligencia que no abstrae ni generaliza, ni discurre, ni progresa; y que no concibe la belleza ni la religión ni lá moral, ni sabe expresar sus ideas en los sonidos vibradores del lenguaje articulado, pero que, á pesar de todo, es de la misma naturaleza que el humano entendimiento. Para demostrar tan inverosímil proposición van publicados ya más de veinte volúmenes llenos de hipótesis gratuítas, de conjeturas quiméricas y de fábulas semejantes á las de Plinio acerca de los pájaros y los monos. Despójese á los hechos comprobantes de los comentarios y la vestidura, y á ningún espíritu llevarán la convicción de que allí hay inteligencia: con la vestidura y el ropaje sólo inducen á creer, como decía el P. de Bonniot, en los principios de las viejas solteronas que se identifican con sus perros y gatos, comunicándoles, con mayor ó menor intensidad, sus propios sentimientos é ideas propias (1).

---

(1) Félix Regnault, en *Le Naturaliste* de 15 de Octubre de 1897, publicó un estudio titulado «L'esprit des bêtes», donde, sin negar en absoluto la inteligencia á los animales, dice que «los naturalistas que la han estudiado consideraron con frecuencia como intelectuales, actos exclusivamente instintivos y de imitación». Bueno es que algunos escritores vayan reconociendo su error.